



PERIÓDICO CRISTIANO.

AÑO IV.

JUEVES 15 DE FEBRERO DE 1872.

NÚM. 95.



LA LUZ.

La parte de la nación desinteresada, noble, elevada, sigue reclamando reposadamente, como cumple á la justicia, la abolición de la esclavitud. Los gobiernos siguen negándola. La opinion se agita, clama, se retuerce los brazos desesperadamente y no deja pasar un solo día sin que levante pública ó calladamente en un nuevo pecho una protesta mas contra la odiosa institución. Los gobiernos la oyen y callan; los gobiernos la oyen y enmudecen; los gobiernos la oyen y tienen miedo.

Ese miedo es singular. Es miedo de hacer el bien, miedo de practicar la justicia. Es el peor de los miedos. Nada importa la dignidad de un sér humano abyecto, envilecido, degradado; nada importa el llanto de una criatura á quien se le ha arrancado de la frente la corona de la individualidad humana; nada importa, nada. El esclavo sigue esclavo. La lágrima sigue corriendo por su mejilla, y lo que es peor, por la mejilla de España.

En el Brasil se prepara la abolición y aquí se dice que aquella ley es como la nuestra y la nuestra ni siquiera se cumple. Inglaterra se interesa mas por nuestros negros que nuestros poderes. España se ha quedado la última. El día que el emperador del Brasil llegue á Madrid y se presente en la Academia á jurar su cargo de académico, podrá tomar por tema de su discurso estas palabras: «Ventajas que reportará el Brasil de la abolición inmediata de la esclavitud, y males que seguirán pesando sobre España con la continuación de ella.»

Discusiones, meetings, conferencias, periód-



MOISÉS EN EL NILO.

dicos; ¡loables aunque inútiles esfuerzos! La opinion está convencida, harto convencida en verdad de la iniquidad de esa injusticia secular; solo hay unos pocos que están convencidos tambien, pero que no quieren demostrarlo, que tienen intereses creados á la sombra de ella, que se oponen á su conclusion. El interés es mal consejero. Me atrevo á asegurar que en la

nacido á su calor.

Por eso decimos: «La esclavitud acabará.» Pero lo que nos duele, lo que nos hace sufrir, es que no acabe pronto, en el acto. Figuraos á uno de aquellos infelices á quienes la Inquisición ponía en la rueda, á quien se le dijera: «Sí, vamos á quitarte de ahí; pero espera, hay que discutirlo, hay que verlo, hay que examinarlo.»

historia todas las grandes instituciones benéficas, todas las obras útiles, todas las reformas saludables han sido detenidas por los que tenían intereses creados al amparo de los abusos antiguos. Se necesita un acto soberano de empuje para acabar con lo malo; se necesita la aplicación de todas las fuerzas sociales contra el monstruo que está en pié para derribarle.

Y sin embargo, él caerá; caerá la esclavitud herida de muerte. El castillo feudal, Aquiles invulnerable de piedra, cayó ante el pensamiento de un monje que reunió unas pocas materias, que las prendió fuego y que las llamó pólvora; los mayorazgos, base de una nobleza tiránica y base de gran inmoralidad en la familia y que representaban tantos intereses cayeron tambien, y los pergaminos de nobleza fueron depositados, un día célebre, sobre la mesa de las Constituyentes francesas, como si aquello quisiera decir que empezaba desde aquel día la verdadera nobleza, la nobleza de la virtud y de la honradez; el diezmo murió y representaba el hambre de los frailes, la gula de los frailes, y los frailes no son gente que se deja despojar fácilmente; la amortización acabó y representaba la mitad de la nación en manos de los clérigos; acabó mucho de lo injusto de la historia antigua por mas intereses que habían

El diria: «Libérteme Vd. primero.» El esclavo puede decir lo propio.

Mucho han alcanzado nuestros tiempos, mucho han hecho, mucho han destruido, mucho han estirpado. Y sin embargo, fenómeno notable: habiéndose destruido injusticias é iniquidades que han nacido en siglos de mas ó menos civilizacion, esta iniquidad primitiva, prehistórica, que nació el día que hubo un puñado de hombres en el mundo, subsiste. Misterios de la Providencia. Hay que decir que las razas sajonas valen mas que las razas latinas. Ellas no tienen esclavos hace mucho tiempo.

LA EXTREMAUNCION.

I.

La extremauncion es uno de los sacramentos de la Iglesia católica romana, que se confiere á aquellos que se hallan en sus últimos momentos. Llegado este caso, el sacerdote, presente en la casa del enfermo, unta con aceite de olivo consagrado los ojos, la nariz, la boca, las manos y los piés del paciente, al mismo tiempo que hace la señal de la cruz con el dedo empapado en aceite y que pide á Dios que perdone los diversos pecados que aquellas partes del cuerpo que él ha ungido han contribuido á cometer. Y no pára aquí la unción. Unta los riñones del enfermo, porque los riñones son considerados como el centro de la lujuria, y cuando ha concluido esta prolija operacion, se lava las manos con agua y sal y arroja despues estas sustancias. Creemos inútil decir que todas estas operaciones se hacen á vuelta de mil y mil oraciones, en las que se pide á Dios sane al enfermo y le perdone, y no sin haber antes recitado la letanía.

Ya hemos dicho que este sacramento solo se confiere á los que están en estremo de muerte. Solo cuando la muerte parece que es inminente, inmediata, es cuando se aplica. Aquellos á quienes se vá á ajusticiar ¡cosa singular! no se les confiere. Están en peligro de muerte mas que el enfermo que aun en sus últimos momentos puede sanar, y sin embargo, no gozan de los privilegios que debe proporcionar á las almas católicas este sacramento. El que se espone á un peligro mas ó menos cierto; el que vá á entrar en un sañudo combate; el que vá á emprender un viaje difícil y arriesgado, ninguno de estos puede ser administrado. Así lo disponen las prescripciones católicas.

¿Qué pecados borra este sacramento? Pocos á la verdad; tan pocos, que aunque le suprimiese la Iglesia católica, no perderia gran cosa. Los pecados veniales, ligeros, esos que se perdonan con un poco de agua, ó un Ave-María ó un golpe de pechos ú otra cosa semejante; esos son los que quita del alma. Este sacramento es como el epílogo de ellos: es como la última mano que se dá al alma del que se muere para penetrar en las regiones eternas. Es la última firma que hace falta al pasaporte del católico romano que se muere, para que les abran las puertas del infinito. Se supone, y así sucede en los mas de los casos, que el enfermo ha pasado antes por las puertas de la confesion y de la comunión, y que allí ha dejado sus grandes culpas, sus pecados terribles. A veces sucede que el enfermo espira por momentos ó que está tan trastornado que ni puede hacer

confesion ni puede recibir la comunión; entonces á toda prisa se le dá la extremauncion. ¿Para qué le sirve, preguntamos nosotros, si la enfermedad le ha hecho perder todo conocimiento y no ha podido hacer *ese acto de contrición* que exige cuando no hay posibilidad de otra cosa de la confesion y comunión? Oleado y todo se vá derecho al infierno, y caliente todavía sobre sus miembros el aceite sacramental, penetra con él en las mansiones eternas.

Pero ¿qué fundamentos escriturarios tiene la extremauncion? ¿En qué pasaje bíblico se funda, segun la Iglesia católica romana? En los siguientes. En el capítulo vi del Evangelio de San Marcos, versículo 16, se lee refiriéndose á los apóstoles: «Espulsaron muchos demonios y ungieron á muchos enfermos y los curaron.» Los versículos 14 y 15 de la Epístola de Santiago, en su último capítulo, dicen: «¿Hay alguno enfermo entre vosotros? Que llamen á los ancianos de la iglesia, que oren por él, y que le unjan con aceites en el nombre del Señor, y la plegaria de fé salvará al enfermo, y el Señor le levantará, y si ha cometido pecados le serán perdonados.»

Variedad de pareceres hay entre los doctores católicos sobre estos textos. Unos dicen que se refieren á la extremauncion, otros exclusivamente á la unción sacramental. El cardenal Cayetano, aludiendo al pasaje de Santiago, dice: «Estas palabras de Santiago no hablan de la unción sacramental, de la extremauncion, ora se atienda á las palabras, ora se atienda al sacramento, sino mas bien de la unción que el señor Jesús instituyó en el Evangelio para ser practicada por sus discípulos con los enfermos, porque el texto no dice: ¿Está alguno enfermo de muerte? sino en absoluto: ¿Está alguno enfermo? Y dice que el efecto de esa unción es el alejamiento del mal.» Bellarmino niega que la unción de que se habla en San Marcos sea la misma de que habla Santiago, y no cree que de la unción que habla Marcos es el sacramento de la extremauncion. El Concilio de Trento, refiriéndose al capítulo de Marcos, no se ha atrevido á decir otra cosa sino que parece que Jesucristo insinúa en él el sacramento de la extremauncion.

La cuestion en realidad queda reducida á dos extremos. ¿Este sistema de la unción de los enfermos debe ser practicado eternamente en la Iglesia? ¿Esta unción practicada en los tiempos apostólicos, es verdaderamente un sacramento? Dilucidando estos dos puntos sabremos á qué atenarnos claramente con respecto á la extremauncion. Esto lo veremos en el artículo siguiente.

(Se continuará.)

LOS MANDAMIENTOS GRANDES.

— Maestro, ¿cuál es el mandamiento grande en la ley?
Y Jesús le dijo: «Amarás al Señor tu Dios de todo tu corazón, de toda tu alma y de toda tu mente.
Este es el primero y grande mandamiento.
Y el segundo es semejante á este: «Amarás á tu prójimo como á ti mismo.»
De estos dos mandamientos depende toda la ley y los profetas.— (San Mateo, cap. xxii, ver. 36 á 40.)

Muchas veces habreis tenido ocasion, lectores míos, de observar que por medio de un caño de frágil barro ó de madera, toscamente labrada, brota un raudal de agua pura y cristalina.

Los sedientos viajeros en lo que menos reparan es en el caño; solo piensan en mitigar la sed.

Esto deseo tengais presente al leer estos renglones; no fijaros en la pluma que los escribe y sí en la sublime doctrina que encierran.

Si no conociéramos mas Evangelio que los versículos citados, serian mas que suficientes para obligarnos á confesar que tanta sublimidad, tanta sabiduría, tanta justicia y tanto amor solo puede espresarlo un Dios de paz, de justicia y de misericordia.

LOS MANDAMIENTOS GRANDES hacen callar á la mayoría de los filósofos, que imitando á los fundadores de la Torre de Babel, pretenden apoderarse de la sabiduría de Dios y quieren medir sus débiles fuerzas con el Supremo Hacedor, que sacándolos del polvo les ha concedido entendimiento, no para que imiten á Luzbel y sí para que admiren su omnipotencia, su justicia, su amor y su misericordia infinita.

LOS MANDAMIENTOS GRANDES echan por tierra los sofismas del ateísmo, de ese cáncer que corroes las fibras del corazón, que ahoga los buenos sentimientos y que, matando el alma, cierra las puertas de la salvacion eterna.

LOS MANDAMIENTOS GRANDES echan por tierra las ridículas y extravagantes doctrinas de los estóicos, de esos seres que, representando la esencia de la hipocresía, y haciendo alarde de una mentida indiferencia, tienen que encerrar el sentimiento, el gozo y el dolor en los mas escondidos pliegues de sus pobres corazones.

El cumplimiento de LOS MANDAMIENTOS GRANDES no solo nos abre las puertas del cielo, sino que nos proporciona la paz, la tranquilidad del alma y la verdadera alegría del corazón, tan necesaria para soportar con paciencia las aficciones, las tristezas, los dolores y las adversidades que, unos mas, otros menos, todos tenemos que sufrir durante nuestra peregrinacion, por este valle de lágrimas, de dolores y suspiros.

Veamos si cumplimos estos mandamientos.

¿Amamos á nuestro Dios de todo nuestro corazón, de toda nuestra alma y de toda nuestra mente?

No. Porque si le amáramos no seríamos ingratos; si le amáramos reconoceríamos su omnipotencia y nuestra miseria; si le amáramos reconoceríamos los beneficios que nos dispensa, admiraríamos su inmenso amor, su infinita misericordia; si le amáramos como debemos amarle, procuraríamos no ofenderle; procuraríamos no dejarnos arrastrar por el funesto atractivo de las pasiones y de los vicios; seríamos humildes, obedientes y caritativos; si amáramos á nuestro Dios, todos nuestros pensamientos, palabras y obras, serían por Él y para Él, pues al que ama de corazón todo le parece poco para el objeto amado.

¿Amamos al prójimo como á nosotros mismos?

No, y mil veces no. Porque si amáramos á nuestro prójimo hubieran desaparecido de entre nosotros la soberbia, la calumnia, la murmuracion, el egoísmo, la usura, la mentira, la hipocresía, las venganzas, las injusticias, la efusion de sangre; partiríamos nuestro pan con el hambriento, nuestros vestidos con el desnudo, y la tierra, en vez de ser un valle de lágrimas, se convertiría en antesala de la gloria.

¿Cómo probaremos que amamos á Dios?

Haciendo un firme propósito de no ofenderle y pidiéndole, de todas veras, que derrame sobre nosotros su santo espíritu para que podamos cumplir este propósito.

¿De qué modo conseguiremos que Dios nos fortalezca para resistir las malas tentaciones?

Por medio de la oracion. La oracion es la conversacion familiar con nuestro amorosísimo Padre; la oracion es la expansion del alma cristiana, el desahogo del corazón, el lazo que une al hombre con su Dios; por medio de la oracion podemos confesar nuestros pecados; por medio de la oracion podemos conseguir que nuestro Dios tenga gran misericordia de nosotros, de estos hijos ingratos, que solo

le buscamos en los momentos del dolor, y le olvidamos tan pronto como recibimos el alivio.

Orad sin cesar, dice el Evangelio. Oremos, pues, amados hermanos; oremos con fe, con verdad, con sencillez, con humildad. Así nos acercaremos mas á nuestro Dios, admiraremos mas su grandeza, su bondad, su amor, su misericordia infinita. Así podremos amarle como Él quiere; como Él manda que le amemos; al amarle con todo nuestro corazón, con toda nuestra alma y con toda nuestra mente, nos será fácil amar á nuestro prójimo como á nosotros mismos.

M. F.

DOCTRINA EVANGÉLICA PRIMITIVA.

§. II.—CREACION.

En el principio crió Dios los cielos y la tierra; mas el Universo se hallaba vacío, informe, disuelto en átomos, y las tinieblas esparcidas sobre la haz del abismo. Los elementos que ahora se distinguen, los cielos y sus cuerpos planetarios, la tierra, el fuego, las partículas componentes de la luz, la materia toda formaba un caos indefinible, rodando á manera de torbellinos en los espacios de la nada. Todo tenía una existencia negativa. Empero el Espíritu de Dios agitándose sobre la materia bruta, sopló sobre los torbellinos, y estos recibieron el mandato del Eterno. La creación empezó. La grande obra se clasificó en seis períodos de tiempo. Todo sufrió separación y análisis: nació el orden y la regla. La luz apareció la primera; en ella está la verdad. La ausencia de la luz se llamó tinieblas. La oscuridad es la negación de la verdad, como ya se ha dicho. De la vasta extensión de átomos húmedos se formó el firmamento de los cielos, se liquidaron las partículas y estas aguas se dividieron en altas y bajas. Continúan las altas llenando los espacios en que gira el firmamento y forman parte de las atmósferas que rodean al sistema planetario. Las aguas bajas componen nuestros mares. De la segregación de las aguas apareció la seca, es decir, la tierra, aunque vacía y desnuda. El Omnipotente dió ciertas propiedades á cada elemento, legisló é impuso su voluntad á la naturaleza, ó sea á la vida del Universo. La medida, el tiempo, el espacio, la gravitación, la electricidad, el movimiento se sujetaron á las mas estrictas reglas matemáticas. Sobre este principio infalible de razón se determinaron las leyes y marcha de los cuerpos y se prescribieron las distancias y proporciones relativas. Las órbitas giraron por un impulso dado. La tierra que contenía en sí todos los gérmenes de la vegetación, se fertilizó é hizo productiva. Fueron hechas dos lumbreras en el firmamento. Un astro con propiedades especiales y pre-disponentes absorbió en sí todos los átomos virtuales de la luz que Dios crió en el primer período. Verificada su concentración en el gran foco, iluminó las obras del Señor en la tierra. A este globo luminar se llamó sol. Otro cuerpo menor recibió la virtud de refractar la luz de la lumbrera mayor; y con las estrellas alumbraba la tierra en ausencia de aquel.

Fueron tambien hechos por la palabra del Eterno infinidad de astros, planetas y constelaciones que giran en sus órbitas en períodos marcados. Todo fué formado por la armonía de Dios y segun las reglas de su sabiduría; de modo que las cosas visibles no fueron hechas por las cosas que aparecen, sino por las invisibles que están ocultas. (Hebreos, cap. xi, vers. 3.) La marcha y alternativa de los astros produjo el día y la noche, la regulación de las épocas y estaciones, el calor, el frío, las lluvias y una gran multitud de fenómenos.

Ordenados ya los elementos, fundada la tierra habitable y cuanto ella contiene en su superficie, en su seno y en sus abismos, creó Dios á los animales que viven y se mueven en las aguas, en el aire

y en la tierra segun sus especies. «Creced y multiplicaos,—les dijo el Eterno;—peces, henchid las aguas del mar; y aves, poblad los aires.» (Génesis, cap. i.)

Finalmente, el Todopoderoso completó la creación formando al hombre á su imagen y semejanza. Varon y hembra los creó. «Henchid la tierra y sojuzgadla,—les dijo,—creced y multiplicaos y tened dominio sobre los peces, sobre las aves y sobre todo reptil que se mueve sobre la tierra.» (Génesis, cap. i, vers. 27, 28.)

En el sétimo período terminó Dios la portentosa obra de la creación y cesó su Espíritu de agitarse en aquel día sobre la materia. Su reposo fué bendito y santificado para los siglos venideros. Respecto á la tierra, antes que las lluvias debiesen fecundizarla ni fuese labrada por la mano del hombre, brotaron los gérmenes de todas las plantas que Dios tenía dispuestas segun las diferentes virtudes especiales de las semillas y la diversidad de sus géneros.

Dios se complació en todas sus obras y vió que eran buenas.

Nada hay que se ofrezca con mas fuerza á la razón del hombre que la existencia del Gran Sér, Autor de la naturaleza, pues como dice el profeta: «Los cielos publican la gloria de Dios, y la espansion denuncia la obra de sus manos. Cada día transmite al siguiente día estas voces; y la una noche las comunica á la otra noche. No hay lenguaje ni idioma en los cuales no sean entendidas estas sus voces. Su instruccion se extendió en toda la tierra y hasta el cabo del mundo han ido sus palabras.» (Salmo xix, segun los Hebreos.)

ESCUDRINAD LAS ESCRITURAS.

Como solo las Escrituras nos declaran lo que Dios nuestro criador piensa de nosotros, y de qué modo debemos prepararnos para ir á su encuentro, es de absoluta necesidad que todo hombre conozca que Dios habla de él y lo que le dice. Lo primero que debe entender es lo que habla Dios de él.

Abrid el primer libro de la Biblia. (Génesis, vi, 5.) En este texto dice Dios de todos los hombres: «Que todo designio de los pensamientos del corazón de ellos es de continuo solamente el mal.» Y otra vez en Jeremías xvii, 9, 10: «Engañoso es el corazón mas que todas las cosas y perverso: ¿y quién lo conocerá?» Y en el Nuevo Testamento, despues de haber probado al hombre por centenares de años, Dios dice en Romanos, iii, 10: «No hay justo ni aun uno.» Dios dió su santa, justa y buena ley para convencernos de lo malos que somos, y quitar de nuestra boca toda justificación, para que nos reconozcamos pecadores delante de Él, y recurriendo como tales á su misericordia, obtengamos perdon y gracia. Porque por las obras que en su ignorancia algunos llaman buenas, ninguna carne se justificará ante el Señor; la justificación es gratuita y por gracia, en la redención hecha por Cristo Jesús.

En Efesios, ii, 1, dice Dios que somos muchos en nuestros delitos y pecados, y Jesús estando en la tierra lo confirmó diciendo: «Que el Hijo del hombre vino á salvar lo que se había perdido.» Y si por acaso creyera el lector que esto solo atañe á las personas que el mundo considera por malas, le ruego medite lo que Dios dice en Romanos, iii, 22: «Que entre pecadores grandes ó pequeños no hay diferencia, por cuanto todos pecaron y están destituidos de la gloria de Dios.»

Esto es, segun la Escritura, lo que Dios piensa de cada uno de nosotros, que por naturaleza somos muertos, arruinados, perdidos y condenados. Lector, ¿lo crees? Si lo crees, bien; si no, haces á Dios mentiroso.

Veamos ahora lo que Dios dice al hombre, y del remedio que le ofrece para su mal.

Le dice que Jesucristo es su sustituto. Cristo se hizo hombre, vivió y murió por la humanidad. Jamás cometió pecado alguno. ¿Por qué, pues, murió? Porque «Dios cargó en Él el pecado de todos nosotros.» ¿Quiénes tienen el derecho de creer que Jesús pagó la deuda por ellos? Los que reconociéndose pecadores tomen el lugar que les corresponde como tales y reclamen lo que él hizo por ellos como su sustituto. Mirad cuán buenas y maravillosas son las nuevas que Dios nos ha enviado á nosotros, hombres pervertidos: «Dios, que es rico en misericordia, por el mucho amor con que nos amó, aun estando nosotros muertos en pecados.» «Cristo, cuando aun éramos flacos, á su tiempo murió por los impíos: ciertamente apenas muere alguno por un justo: con todo, podrá ser que alguno osara morir por el bondadoso. Mas Dios encarece su caridad para con nosotros, porque siendo aun pecadores, Cristo murió por nosotros.» Y luego: «gracia sea á nosotros, y paz de Dios el Padre, y nuestro Señor Jesucristo, el cual se dió á sí mismo por nuestros pecados.»

Lector, considera la verdad á la luz de la eternidad, y ponte en el lugar del pecador perdido: no trates de escusarte, pues te engañas á tí mismo. Confiesa á Dios todos tus pecados, y tal como eres, y porque eres lo que eres, un pecador perdido, reclama á Cristo por tu salvador personal.

Los que creen poder merecer el favor de Dios mejorando sus costumbres y llevando una buena vida, se engañan: para merecer su favor es preciso ser aceptos á Jesucristo como pecadores perdidos. Los que no se tienen por tales, que confían poco ó mucho en sus propios méritos ó en las acciones buenas que han hecho ó que puedan hacer, se escluyen de la gracia de Dios y del perdon que Él ofrece solo á los que están aceptos en su amado Hijo Jesucristo. Quien quiera que seas y donde quiera que te halles, te decimos con la autoridad del Dios que no puede mentir, que hay un solo medio de salvarte, que es: «Cree en el Señor Jesucristo, y serás salvo.»

LA FÉ Y LA SEGURIDAD.

La fé es la de aquella pobre mujer que conmovida y temblando se aproxima á Jesús y le toca su vestido creyendo, y con razon, que este acto la sanaria. (Marcos, v, 25-28.) La seguridad es la del primer mártir Estéban, tranquilo en medio de un verdugo y diciendo: «Hé aquí, veo los cielos abiertos, y al Hijo del hombre que está á la diestra de Dios.» (Hechos, vii, 56.)

La fé es la del ladrón crucificado, que dice á Jesús: «Señor, acuérdate de mí cuando vinieres á tu reino.» (Lúcas, xxiii, 42.) La seguridad es la del paciente Job sentado en el polvo, cubierto de úlceras, abandonado de todos y diciendo sin embargo: «Yo sé que mi Redentor vive, y que al fin se levantará mi cuerpo sobre el polvo.» (Job, xix, 25.) «Hé aquí, aunque me matare en él esperaré.» (Job, xiii, 15.)

La fé es la de Pedro, hundiéndose en las aguas y gritando con ansia: «Señor, sálvame.» La seguridad es la de ese mismo Pedro, diciendo poco tiempo despues delante de los príncipes, ancianos y escribas de Israel: «Esta es la piedra reprobada de vosotros los edificadores, la cual es puesta por cabeza del ángulo. Y en ningun otro hay salud, porque no hay otro nombre debajo del cielo dado á los hombres en que podamos ser salvos.» (Hechos, iv, 11 y 12.)

La fé es la de Pablo orando en Damasco, en la casa de Judas, pobre, solo y afligido. (Hechos, ix, 8 y 11.) La seguridad es la de ese mismo Pablo, entrado en años, preso, pobre y abandonado, escribiendo sin embargo á un discípulo querido: «He peleado buena batalla; he acabado la carrera; he guardado la fé. Por lo demas, me está guardada la corona de justicia, la cual me dará el Señor, juez justo, en aquel día.» (2.^a á Timoteo, iv, 7 y 8.)

La fé es la vida; pero la vida puede ser pobre, enfermiza, raquítica y angustiada, sin sonrisas y sin alegría. La seguridad es mas que la vida; es la salud, la fuerza, el poder, la energía, la actividad y la belleza. Tengamos fé; pero que sea una fé robusta, una fé que confie en Dios y tenga cada una de sus palabras por la realidad que está por encima de todas las realidades.

DE LOS OBISPOS.

La doctrina nueva de los hombres enseña:

Que el obispo es mayor y de mas excelente dignidad que un simple sacerdote, y que puede reservarse algunos casos. Porque cuanto es mas alto el grado, tanto mas se puede extender la potestad.

RESPUESTA.

La doctrina antigua de Dios enseña:

Que los ministros del Evangelio son enviados de Dios para ser siervos y dispenseros, y no para ser señores: y que la palabra que administran, los hace á todos iguales. Donde parece, que una vez que hubo contencion entre los discípulos sobre cual de ellos seria el mayor, Jesucristo les dijo: (1) Los reyes de los gentiles tienen señorío sobre ellos, mas no seréis así vosotros.

Quiere el Señor por estas palabras quitar de sus corazones todos los afectos de ambicion y mayoria. Porque Él, que es el Señor y Maestro no vino (como está escrito en San Mateo) para ser servido, sino para servir á los otros, con mayor razon conviene que los siervos no se hagan servir, pero que sirvan ellos á los otros. (2) Así lo enseña claramente San Pablo (3) diciendo: así nos estime el hombre como ministros de Cristo, y dispenseros de los misterios de Dios.

Dice, como á ministros y siervos nos tengan, y no como á señores. Y asimismo, cuando quiso enviar Jesucristo á sus Apóstoles á predicar por el mundo, sin hacer diferencia de potestad entre ellos, les dijo á todos: enseñad á todas las gentes. Y en el último capítulo de San Mateo, dice: id por el mundo universo y predicad el Evangelio á toda criatura. En San Lucas, dice: que los hizo á todos igualmente testigos del Evangelio. Y en San Juan á todos igualmente les dice: recibid el Espíritu Santo; á todos aquellos á quienes vosotros perdonáreis los pecados, les serán perdonados, etc. (4)

¿Halláuse por ventura en esta comision del Señor algunos casos reservados, ó alguno de ellos ser mayor que los otros? ¿No habla el Señor á todos y les dá igual potestad? Es cosa mas clara que el sol. Y esto aun es confirmado por lo que está dicho arriba cuando se trató de la confesion en la doctrina antigua de Dios. No hay para qué traer aquí lo que dice San Gerónimo sobre el primer capítulo de la epístola á Tito, donde muestra cómo son una misma cosa el obispo y el sacerdote, y clama en grande manera contra los que no enseñan la palabra de Dios. Porque es su propio oficio de ellos predicar y enseñar, no bautizar las campanas y consagrar los templos y altares, bendecir las imágenes y vestimentos. Porque en toda la Santa Escritura no se hace mencion que ejercitar tales cosas pertenezca al obispo.

AMONESTACION AL CRISTIANO LECTOR.

Ya se vé harto claramente, por la doctrina antigua de Dios, como siempre ha reinado en su Iglesia la igualdad que hay entre los que son ministros de ella enviados por el Espíritu Santo para gobernarla. San Pablo enseña (5) qué fin se deben proponer los ministros de la Iglesia para serlo verdaderamente, y qué sentimiento han de tener los otros de ellos, y ellos de sí mismos. Tengamos, dice, los hom-

bres, por ministros de Cristo y dispenseros de los misterios de Dios. Los que son ordenados siervos y dispenseros de Dios, es á fin que le sirvan conforme á su voluntad, teniendo intento á buscar en todo su gloria, y que distribuyan con toda fidelidad los bienes que les son encargados. De manera que no tiene mas de la administracion de hacienda ajena, la cual deben ejercitar fielmente. Y así no tienen de qué gloriarse sobre los otros por servir, sino antes de qué estar solícitos, por no ser infieles á su Señor, y no proponerse otro fin que aquel para el cual fueron llamados; porque les ha de ser demandada estrecha cuenta de la administracion que recibieron.

Una es la vocacion y el oficio de todos. La potestad que tienen es por razon de la palabra que administran, la cual siendo dada igualmente á todos, es igual la potestad en todos. Y como la palabra del Evangelio no reserva ningunos casos, pero los que la reciben y creen, reciben en ella general y plenísima absolucion de todos los crímenes y pecados de cualquier suerte que sean, así ellos, por ser verdaderos y fieles ministros de ella, tampoco se reservan nada. (1) Porque tienen entendido que la potestad que se les dió, es para edificacion y no para destruccion, y así todo su intento y designio es, no para los límites de ella.... San Pedro escribe á los que son tales, (2) no como mayor ni superior, sino como igual á ellos, amonestándoles de la solitud que deben tener por el ganado que Jesucristo rescató con su sangre. Mas los que entraron por saltaderos en la Iglesia, como están destituidos de la palabra y espíritu de Dios, todo lo que pretenden es encarecer su autoridad y la potestad que piensan tener, con lo cual destruyen el edificio de Dios, y hacen en la iglesia oficio de ladrones y robadores, como dice el Señor. (3)

Estos son los falsos profetas y los lobos carnívoros que vienen vestidos con pieles de ovejas, de los cuales manda Jesucristo que nos guardemos. (4) Mayor que se puede decir es el número de estos, los cuales vienen armados con potencia tiránica y falsa doctrina, y así por una y por otra vía no hacen sino degollar y desollar las ovejas. (5) Debe, pues, la que es oveja conocer entre tantos lobos la voz de su pastor, para irse tras él, y que no sea arrebatada del furioso ímpetu de ellos. El que amare la voluntad del Padre celestial, y pusiere todo su estudio en cumplirla, sabrá hacer diferencia entre unos y otros, como nos tiene enseñado nuestro Redentor. (6) No seamos, pues, negligentes en conocer entre muchos falsos al verdadero Pastor, visto que depende de esto la vida de nuestras almas.

EL DOCTOR JUAN PEREZ.

LAS OBRAS CRISTIANAS

DE HUELVA Y CÓRDOBA.

Con pesar hemos sabido que el Comité de Edimburgo, que hasta ahora ha sostenido la gran mayoría de las iglesias cristianas de Andalucía, se vé obligado, por razones muy atendibles sin duda, nosotros lo reconocemos, á suprimir las iglesias de Huelva y de Córdoba. Esta determinacion nos apesadumbra tanto mas, cuanto que ahora es cuando la semilla diseminada lenta y laboriosamente empezaban á dar algunos frutos, que regocijaban á todos los cristianos. Véase lo que hace muy pocos dias nos han escrito los encargados de esas dos obras.

El pastor de la iglesia de Huelva, D. Pablo Sanchez Ruiz, nos dice en su última carta lo siguiente:

«Por algun tiempo me he encontrado desanimado al ver el poco fruto que daban nuestros trabajos y

esfuerzos; pero ya el Señor nos ha consolado, pues cada dia aumenta el número de los que abrazan el Evangelio. Familias enteras, algunas compuestas de ocho ó diez individuos vienen á Jesús, y lo que mas me alegra es que todas estas familias han sido muy fanáticas en el romanismo, y como es natural, nos aborrecian al principio de nuestra mision en esta.

«Esto es muy consolador, y hace esperar que en Huelva se establecerá una iglesia numerosa, no de protestantes solamente, sino de verdaderos cristianos, como lo son ya los 34 á quienes di la Cena del Señor el dia 31 de enero. Hablando de la Cena debo decir á Vd. dos cosas: la primera, que son muchos mas los miembros de la iglesia que los 34 indicados, y que si todos no la tomaron fué porque muchos se encontraban fuera en ese momento; y la segunda, que antes de dar la Cena tuve en mi casa reuniones preparatorias, y no todos se atrevieron en vista de las recomendaciones que hice, á romper el pan.

«Doy gracias á Dios por haberme permitido hacer algo en una poblacion que tan pocas esperanzas ofrecia. Muchas son las dificultades que hemos encontrado en nuestro camino; pero el Señor ha permitido que las mayores hayan quedado vencidas. Las personas que de ordinario asisten á los cultos son de 80 á 100.

«Después de esto, es preciso que le hable de la escuela que hemos establecido en nuestra casa. El número de niñas que á ella concurren es de 35, y 23 el de los niños. La mayor parte de los padres de estos niños pertenecen á la iglesia, y espero que muy en breve pertenecerán todos, pues asisten á los cultos y tambien á los ensayos para el canto de los himnos que tenemos todos los martes en casa de Mr. C.; de modo que la sala que sirve para el culto inglés se llena. En el último ensayo algunas personas no pudieron penetrar en el local, porque no habia sitio para ellas.

«Para que los que son miembros de la iglesia y los que no lo son puedan instruirse bien en las verdades del cristianismo, he establecido en mi casa una clase bíblica, la cual está muy concurrida.»

Las noticias que tenemos de Córdoba son aun mas consoladoras que las anteriores que hemos dado respecto á Huelva. La iglesia de Córdoba, que por causas que no queremos enumerar habia decaído visiblemente, se levanta de nuevo gracias á la misericordia divina y á los trabajos de D. Antonio Sanchez Lopez. El número de los afiliados sube ya á 400 y tantos, y todas las noches de la semana se celebran ya en la capilla, ya en casas particulares, reuniones religiosas á las que asisten gran número de personas. Mas aun, los fieles han empezado á sufragar algunos pequeños gastos que últimamente se han ocasionado, lo que prueba que empiezan ya á comprender que una iglesia vive de fé y de abnegacion.

En vista de todo cuanto acabamos de referir, nos dirigimos á los hermanos nuestros del extranjero que leen este periódico, suplicándoles que no permitan que queden abandonadas dos provincias como las de Córdoba y Huelva, en donde tanta mies se puede cosechar para los graneros del Señor. Sabemos que las necesidades son grandes en todas partes; mas tambien sabemos que la fé traspasa los montes y allana todas las dificultades.

CANCION.

I.

A Dios piadoso
Debí el nacer;
Y díome padres
Para mi bien;
Me dá alimento,
Templa mi sed....
¡Buenos seamos,
Que Dios nos vé!

(1) Lucas, xxii. 24 á 27.

(2) Mateo, x. 24.

(3) 1.ª Corintios, iv. 1.

(4) Mateo, xxviii. 19, y Marcos, xvi. 15.

(5) 1.ª Corintios, iv. 1-2.

(1) Ezequiel, xviii. Jeremías, xxxi.

(2) 1.ª Pedro, v. 3.

(3) Juan, x. 1.

(4) Mateo, vii. 15.

(5) Ezequiel, xxxiv. 1-7; xi. 5, 15.

(6) Juan, vii. 17.

II.

Dios hizo el cielo
Con su poder;
Hizo la tierra,
Y el mar tambien;
El sol y estrellas
Brillan por él....
¡Buenos seamos,
Que Dios nos vé!

III.

Si el desvalido
Pide merced,
Si al triste aflige
Suerte cruel,
Ese que llora
Tu hermano es....
¡Buenos seamos,
Que Dios nos vé!

IV.

No al malo envidies,
Aunque tal vez
Impune ostente
Gloria y poder;
Que allá en el cielo
Hay otro juez....
¡Buenos seamos,
Que Dios nos vé!

V.

Dios el camino
Muestra del bien,
Y un ángel guía
Mi débil pié:
Él es mi escudo;
Él mi sosten....
¡Buenos seamos,
Que Dios nos vé!

VI.

Al sueño nunca
Me entregaré;
Nunca á la aurora
Veré nacer
Sin bendecirte,
Dios de Israel....
¡Buenos seamos,
Que Dios nos vé!

MARTINEZ DE LA ROSA.

MOISÉS EN EL NILO.

El grabado que hoy ofrecemos á nuestros lectores representa á Moisés espuesto por sus padres en el rio Nilo cuando solo contaba tres meses. Los hijos de Israel sufrían los males de una cruel esclavitud. El Faraon, que seguía los destinos de Egipto, se había propuesto exterminar á un pueblo cuya creciente prosperidad le inspiraba temor, y para conseguirlo ordenó que todos los niños varones nacidos de madre hebrea fuesen arrojados al Nilo. ¡Insensato! no sabía que los designios de Dios se cumplen siempre á despecho de todos los tiranos; no sabía que de ese pueblo esclavo y despreciado quería hacer el pueblo depositario de sus relaciones, el canal por donde nos transmitiera la salvación.

La madre de Moisés, viéndole tan hermoso túvole escondido tres meses; pero no pudiendo ocultarle mas tiempo le puso en una cestita de juncos que calafateó con pez y betun, y le espuso en un carrizal en una de las orillas del rio. La hermana del futuro legislador se paró á lo lejos para ver cuál sería el paradero de su hermano. Dios velaba sobre él, y así como algunos siglos mas tarde envió un cuervo á Elias para que le alimentara en su soledad, envió á la hija Faraon, la que habiendo descubierto la cesta y visto que el niño lloraba, compadeciéndose de su suerte y lo dió á criar á la mis-

ma madre que tantas lágrimas había vertido, sin duda pensando en el triste fin que segun ella le aguardaba.

Cuando el niño fué crecido prohibió la princesa y le puso por nombre Moisés, que quiere decir sacado de las aguas.

Pero Moisés rehusó ser llamado hijo de la hija de Faraon, escogiendo antes ser afligido con el pueblo de Dios, que gozar de comodidades temporales de pecado. Su corazón sufría cuando pensaba en la mísera existencia que arrastraban sus hermanos. Quiso ser semejante á ellos, y para conseguirlo dejó la pompa que le rodeaba y las esperanzas de sentarse un día en el trono de los Faraones: santa abnegación que por desgracia no encuentra muchos imitadores.

Sus hermanos no le comprendieron. En vano espuso su vida en una ocasión por defender la vida de uno de ellos; en vano quiso intervenir en una contienda; al fin tuvo que huir de Egipto y buscar su salvación en la tierra de Madian. Allí pasó 40 años de su vida apacentando los rebaños de su suegro, y es probable que ya había desistido de su noble propósito de dar libertad á su pueblo, cuando una visión milagrosa y algunas sublimes palabras de Dios vinieron á vencer su natural timidez y á hacer de él uno de los mas grandes hombres del mundo.

Acompañado de su hermano Faraon se personó en la corte, y á fuerza de amenazas y de castigos consiguió arrancar al rey la órden de salir de Egipto con todo el pueblo hebreo. Moisés condujo al desierto á ese pueblo de esclavos, le hizo pasar el mar Rojo, les dió de parte de Dios leyes en el Sinaí; mas viendo que la esclavitud había degradado á aquellos hombres que preferían la vida monótona bajo el látigo del egipcio á la vida azarosa, pero grande, de la libertad, los dejó morir en el desierto y educó una nueva generación mas digna que la primera de tomar posesión de la tierra prometida; y al cabo, después de 120 años de luchas y de glorias sobre la cumbre del monte Nebo, contempló allá á lo lejos aquella tierra de promisión por la que tanto había suspirado y de la que él mismo se había escludido por un solo movimiento de incredulidad.

Al hablar de Moisés es imposible no mencionar su fé, por la que marchó toda su vida. Su fé es el secreto de su fuerza, y siempre se mantuvo firme porque por ella veía al que es invisible, al Dios que dá esfuerzo al cansado y multiplica las fuerzas al que no tiene ninguna.

MOVIMIENTO RELIGIOSO EN PARIS.

De un periódico inglés copiamos lo siguiente:

«El Sr. Michaud, vicario de la Magdalena en Paris y canónigo honorario de la catedral de Chalons, en una carta fechada el 5 del presente y dirigida al arzobispo, hace dimisión de todos sus cargos y honores, alegando que el arzobispo requiere de todo el clero de su diócesis que declaren creer en el dogma de la infalibilidad personal del Papa, no solo públicamente, sino que lo crean sinceramente en sus corazones.

El Sr. Michaud declara guerra abierta al arzobispo y desafía directamente la excomunión que aguarda se fulmine contra él. Dice que nada le importa el escándalo que provocará su protesta.

Seguirá siendo sacerdote y católico, pero católico que cree respecto á Jesucristo lo que se ha creído siempre en todas partes por todos, y no lo que decreta en Roma un hombre INFALIBLE como el mismo.

Obra así, no solo en su propio nombre, sino como representante de un partido en la Iglesia, y asegura que el día 6 un comité se reunirá en su casa en unión de otros comités de Rusia, Alemania, Inglaterra, Italia y España, y que cuando tenga los fondos necesarios, establecerá iglesias enteramente independientes del episcopado ultramontano de Roma.

Los sacerdotes franceses dirigidos por el abate Michaud, no permitirán al Papa que suplante á Cristo por el *Syllabus*.»

Este movimiento anti-papal, podrá ser de importancia trascendental para Francia.

Procuraremos tener á nuestros lectores al corriente de cuanto ocurra, y desde luego publicaremos en nuestro próximo número la carta que el vicario Sr. Michaud ha dirigido al arzobispo de París.

MONTE-PIO INFANTIL

BAJO LA ADVOCACION DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO.

Así muchos somos un cuerpo en Cristo, mas todos, miembros los unos de los otros.—(Romanos. XII, 5.)

REGLAMENTO.

CAPÍTULO ÚNICO.

Artículo 1.º Este Monte se compondrá de niños, hasta el máximo de 150.

Art. 2.º Para ingresar en él, se requiere una salud perfecta, y no tener menos de ocho años de edad.

Art. 3.º El que pretenda entrar en el mismo deberá solicitarlo al Director, por escrito, espresando su nombre y apellido, calle, número y piso de la casa en que habite.

Art. 4.º Los que sean admitidos pagarán en el acto de su entrada 5 reales vellon, y dos cuartos semanales para fondos del Monte.

Art. 5.º El individuo que enfermase, cumplidos los tres meses de su admisión, percibirá 5 reales vellon diarios.

Art. 6.º Cuando un socio caiga enfermo, es indispensable pasar certificado del médico á la Direccion, sin cuyo requisito no se le pasarán los 5 reales citados.

Art. 7.º Cuando se presente el alta firmada por el médico, serán satisfechos al momento los días que esta acredite.

Art. 8.º El enfermo que salga á la calle ó en alguna parte á donde circulen los aires, antes de presentar el alta á la Direccion, perderá el derecho de reclamar lo que el Monte le tiene señalado.

Art. 9.º El máximo de días de subsidio será de 90 por enfermedad de medicina y 60 de cirugía; y se alcanzarán desde el día siguiente al del aviso de enfermedad, hasta el en que el enfermo saliere de casa ó falleciere.

Art. 10. En caso de defunción, se pagarán los gastos del ataud, hasta que el estado de la Caja permita poder cubrir los demás gastos que en tales casos se ocasionan.

Art. 11. El fondo del Monte estará bajo la custodia del Director, hasta que se pueda disponer otra cosa.

Art. 12. El Monte será dirigido por el maestro del colegio evangélico, sito en la calle de Sevilla, 47, Barceloneta.

Art. 13. Se exige la mayor puntualidad para el pago de los dos cuartos semanales.

Art. 14. Habrá un secretario, un andador y dos enfermeros.

Barceloneta 1.º de enero de 1872.

La formación de este Monte-pio infantil, se debe á la iniciativa y esfuerzos del Sr. Forner, maestro de una escuela evangélica en la Barceloneta. Posteriormente hemos recibido la siguiente carta:

Barceloneta 7 de febrero de 1872

Señor Don A. C.

Apreciado amigo y hermano: En la primera sesión celebrada por el Monte-pio-infantil el 6 de enero próximo pasado, se acordó por unanimidad lo siguiente:

1.º El socio que caiga enfermo desde el día 7 de enero del próximo año de 1872, se le pasará lo que el Reglamento le señala.

2.º No se le pasará subsidio al niño que reciba daño en riña.

3.º Cuando haya un sócio enfermo, en vez de pagar dos cuartos semanales se pagarán cuatro, para que el fondo del Monte no se resienta.

4.º Se admiten las niñas del Colegio evangélico que no tengan menos de ocho años.

5.º Todos los padres tienen el derecho de venir á la Direccion á enterarse del estado del Monte.

Advertencia. Tengan presente los padres el Reglamento, para su gobierno en caso de enfermedad de sus hijos.

La Junta directiva la componen los siguientes individuos:

Presidente provisional; José A. Forner.

Secretario, Ramon Ros; edad 13 años.

Andador, Marcelino Llorens; edad 13 años.

Enfermeros, Saturnino Barreta y Sebastian Palmez; edad 15 y 14 años.

En la reunion reinó la mayor armonía, manifestando los padres de los niños los buenos deseos que les animan á favor del Monte.

Despues de suplicar á los padres tuvieran presente los beneficios reportados por el Evangelio de Jesús, y hacerles observar lo conveniente que nos es á todos, ya por nuestro bien espiritual, ya por nuestro bien material, se disolvió la reunion pidiendo á Dios no diese salud para volvernos á reunir.

Sin otro particular, queda de Vd. amigo y afectísimo hermano en el Señor,

JOSÉ A. FORNER.

Á LOS ORDENADOS IN SACRIS.

Hay un sello que dice: Ministerio de Gracia y Justicia.—Direccion general de los Registros Civil y de la Propiedad y del Notariado.—Visto el expediente instruido con motivo de consulta elevada por V. S. acerca de si D. Celedonio Hernandez, fraile lego que fué de la Orden de San Francisco, y que deseaba contraer matrimonio, alegando haber abandonado la comunión católica, estaba obligado á no probar este hecho:

Visto el art. 5.º, núm. 2.º de la ley de Matrimonio:

Vista la consulta de la seccion de Estado y Gracia y Justicia del Consejo de Estado:

Considerando que el impedimento establecido en el párrafo 2.º, art. 5.º citado, no solo se apoya en razones morales, sino tambien en las relaciones sociales, teniendo por objeto garantizar los derechos nacidos de actos voluntarios, encontrándose por tanto este impedimento en igualdad de circunstancias que los demas establecidos por dicha ley:

Considerando que denunciado un impedimento, si el interesado afirma que ha desaparecido, está obligado á probar su afirmacion;

Considerando que el que alega un hecho como fundamento de un derecho está obligado á probarlo, en cuyo caso se encuentra D. Celedonio Hernandez, S. M. el Rey, de conformidad con el Consejo de Estado y lo informado por la Direccion del ramo, se ha servido resolver como regla general, que todo clérigo católico ó fraile profeso que haya abandonado su religion está obligado cuando intente contraer matrimonio á probar aquel hecho, pudiendo utilizar todos y cada uno de los medios establecidos por derecho.

De real órden comunicada por el señor ministro de Gracia y Justicia, lo digo á V. S. con remision del documento presentado por el interesado en esta superioridad, para su conocimiento, el del recurrente y efectos oportunos.

Dios guarde á V. S. muchos años.—Madrid 16 do setiembre de 1871.—El Director general, Alvaro Gil Sanz.

Sr. Juez de primera instancia de Torrijos.

(Es copia.)

MIGUEL HEALY EL CAMPESINO IRLANDÉS.

Historia verdadera escrita por el reverendo Juan G.

(Continuacion.)

Teniamos todos los domingos, de once á doce, una clase religiosa en mi iglesia. Por su edad y su esterior, Miguel formaba un singular contraste con los niños, por mas que su corazon no fuera mas sencillo que el suyo. Se colocaba frecuentemente al lado de un muchacho de génio vivo y sobre todo inteligente, el cual despues de haberse distinguido en sus estudios, llegó á ser miembro de la universidad de Dublin.

Mis mas gratos recuerdos de esa pequeña iglesia de aldea, de esos tranquilos domingos y de las buenas gentes del pueblo, están todos reconcentrados en Miguel Healy. Su talento para la controversia era notable, lo habia perfeccionado en la mejor escuela, esto es, en la escuela de la experiencia. Jamás dió á la Biblia otro nombre que El Libro.

Figúrate, querido lector, una modesta iglesia de aldea, un grupo de niños, y en medio de ellos un aldeano de formas atléticas, con una gran Biblia abierta descansando sobre sus rodillas, mientras que una treintena de labradores, con ojo avizor y atento oído, permanecian de pié á alguna distancia de ellos, escuchando lo que allí se decia. Siempre que me dirigia á Miguel con preguntas que hacian referencia á las erróneas doctrinas de la Iglesia romana, me contestaba con pruebas sacadas de las Santas Escrituras. Así, yo le preguntaba:

—¿Por qué no cree Vd. en el purgatorio, Miguel?

—¿Por qué no llama Vd. á la Virgen Maria refugio de los pecadores, consuelo de los afligidos, abogada cerca de Dios, puerta del cielo?

—Porque eso no está en el Libro,—respondia.

—¿Quién, pues, es el refugio de los pecadores, tu vida, tu esperanza y tu abogado?

—Es Nuestro Señor Jesucristo,—señor Pastor.

—¿Pero cómo lo sabes?

—Porque se encuentra así en el Libro.

No solamente conocia Miguel los errores de la Iglesia romana y los refutaba con el testimonio de las Escrituras, sino que tambien conocia las verdades del Evangelio y se adheria á ellas con todo su corazon. Un dia, despues de haber sentado otras varias cuestiones, le pregunté:

—¿Pero es necesario que todo lo que constituye nuestra religion sea probado por la Biblia?

—Por cierto,—señor Pastor,—contestó Miguel con vivacidad, todo lo que no puede probarse con el Libro, no es sino moneda falsa.

Nunca dejó de admirarme la manera digna y solemne con que Miguel se llegaba á recibir la Santa Cena: cuando se le suministraba el pan y el cáliz, los contemplaba un instante en su mano mientras elevaba su alma hácia el Todopoderoso.

Mis diálogos con Miguel eran frecuentes y afectuosos; sin embargo, á pesar de toda mi afabilidad, diré mas, de mi familiaridad, jamás se permitió faltarme al respeto que creia me era debido, en mi calidad de ministro del Evangelio. Cada vez que se presentaba en mi casa, é inclinaba cortesmente su arrogante figura para saludarme, no podia menos de pensar en aquel pasaje del antiguo Testamento: «Y Abraham se prosternó delante de los hijos de Hed.»

Era un espectáculo verdaderamente conmovedor, ver á mi tierno hijo todavia en la cuna, meciéndose en los brazos de un anciano. Comenzó á mirar al niño con la mas dulce y tierna expresion, nos pidió despues permiso para tomarle en sus brazos, y poniéndole á cierta distancia de él, como para no parecer demasiado familiar, le mecia con tanta habilidad sobre sus hercúleos brazos, que la mas tímida y ansiosa madre no hubiera experimentado ningun temor, viendo acariciado su hijo por mi antiguo amigo. Una sonrisa de satisfaccion iluminaba entonces su rostro; despues devolvió el niño á su madre con la misma benévola sonrisa.

Los nuevos vecinos de Miguel no tardaron en saber que Miguel Healy habia abandonado la religion de sus padres para hacerse protestante: ahora bien, como los habitantes de aquella comarca, casi en su totalidad pertenecian á la Iglesia romana, Miguel no esperaba buen proceder de su parte, y tenia razon. Siendo de un carácter pacífico é inofensivo, el piadoso anciano no deseaba mas que vivir en buenas relaciones con todo el mundo; pero ellos estaban muy de otro modo dispuestos respecto á él. Se le trató de hipócrita, se le mofó y hasta se llegó á calumniarle, diciendo que por mera especulacion habia abjurado de sus doctrinas. Amargos reproches se le lanzaban durante toda la semana; pero el domingo, en especial, era víctima de un nutrido fuego de insultos y de denuestos. Se veia precisado á pasar por delante de la capilla católica yendo y viniendo á mi iglesia; así que tenia que encontrarse frente á frente con sus obstinados antagonistas. A los ultrajes se seguian los malos tratamientos. Hombres, mujeres y hasta los muchachos, llegaron á apedrearle y á llenarle de lodo. Miguel pasaba como desapercibido, y á ejemplo de su Divino Maestro «que cuando se le ultrajaba no devolvía los ultrajes, y cuando se le maltrataba no osó nunca amenazar,» sufría con resignacion todas estas injurias. Mas como su dulzura no bastase á desarmar la cólera de sus adversarios, al fin se decidió á ir á la iglesia por otro camino, razon por la cual tenia que dar una gran vuelta y pasar por una senda muy mala. La influencia sobre su esposa é hijos crecia á medida que su espíritu se iluminaba y el amor de Cristo inflamaba su corazon. Por tres ó cuatro veces tuvo la sin igual satisfaccion de asistir á la iglesia acompañado de los suyos. Esto llegó bien pronto á oídos del cura, y viendo que la herejía amenazaba extenderse, resolvió tomar medidas enérgicas y fuertes. Pocos dias despues se presentó en casa de Miguel, y sin mirarle siquiera, se dirigió á su esposa en estos términos:

—He oido decir, Brígida, que el demonio está aquí.

—No os enojeis,—respondió vivamente Miguel,—no es el demonio quien está en mi casa, sino mas bien el Señor el que se encuentra en ella.

(Se continuará.)

Á LA ASCENSION DEL SEÑOR.

¿Y dejas, pastor santo,
Tu grey en este valle hondo, oscuro,
Con soledad y llanto,
Y tú rompiendo el puro
Aire te vas al inmortal seguro?

Los antes bien hadados
Y los agora tristes y afligidos
A tus pechos criados,
De tí desposeidos
¿A dó convertirán ya sus sentidos?

¿Qué mirarán los ojos
Que vieron de tu rostro la hermosura,
Que no les sea enojos?
Quien oyó tu dulzura
¿Qué no tendrá por sordo y desventura?

Aqueste mar turbado
¿Quién le pondrá ya freno? ¿quién concierto
Al viento fiero airado
Estando tú encubierto?

¿Qué norte guiará la nave al puerto?
¡Ay! nube envidiosa

Aun de este breve gozo ¿qué te aquejas?
¿Dó vuelas presurosa?

¡Cuán rica tú te alejas!

¡Cuán pobres y cuán ciegos ¡ay! nos dejas!

FRAY LUIS DE LEON.

OLAVIDE.

(Continuacion.)

Olavide negó la mayor parte de estas acusaciones, dió interpretacion distinta á la que la daban los inquisidores á otras, dijo que habia cometido como hombre muchas imprudencias y flaquezas, de las que se arrepentia, y protestó fuerte y enérgicamente contra la inculpacion de herejia que se queria hacer caer sobre él para perderle. Nada de esto ablandó á los inquisidores, y fué condenado como reo de herejia formal. Se le perdonó la vida, pero se le condenó á vivir encerrado ocho años en un monasterio, sujeto á la mas rigurosa disciplina, á toda clase de ejercicios piadosos y ascéticos, á ayunar los viernes, á vivir bajo la vigilancia de un confesor religioso que se le nombraria, para instruirle en la religion y fortificarle en la fé, á leer dos únicos libros, el Incredulo sin excusa del P. Segueri y la Guia de pecadores de Fray Luis de Granada, á perder todos sus honores, grados y condecoraciones, y declarado incapaz de volver á obtener otras en lo que le restase de vida. La clemencia inquisitorial no se limitó á esto. Le prohibió el uso de la seda, terciopelo, tisú, galones, franjas y toda clase de pedrerías, y le condenó á vivir durante aquellos ocho años vestido de paño burdo amarillo y del mas ordinario, por cierto, que se encontrase. Le prohibió á mas montar á caballo y llevar armas. Cuando se concluyeran los ocho años de reclusion en el convento debia sufrir todavía «destierro perpétuo de Sevilla, de la corte y sitios reales, de las nuevas colonias y de Lima, lugar de su nacimiento y donde recibió el grado de doctor.»

Concluida la lectura de este largo, fatigoso y absurdo proceso, el inquisidor general, como era costumbre, se levantó y pronunció estas palabras: «Nos le declaramos incurso y convicto de herejia.» Un calofrio general corrió entonces por los miembros del triste procesado, y se sintió acometido de un desmayo. Socorriósele y trajéronle agua y vino, con lo que se repuso un poco. Entonces se le mandó poner de rodillas, para que como hereje que era, hiciese una abjuracion pública y solemne. Recibió la absolucion de la escomunion con todas las formalidades canónicas prescritas. Vinieron luego cuatro clérigos con sendas sobrepellices y un haz de abrojos en la mano, y al mismo tiempo que cantaban el *Miserere*, tan sublime, que aun en labios inquisitoriales debia serlo, le azotaron la espalda. Hizo profesion de fé católica, y fué interrogado sobre treinta artículos de ella. En seguida le despojaron del hábito de Santiago que vestia. Acabadas todas estas prolijas ceremonias, llevadas á cabo con la lentitud y solemnidad que la Inquisicion solia celebrarlas, se le llevó al calabozo esperando que se le condujera al convento, donde habia de sufrir los ocho años de reclusion.

Justo es que cite los nombres de algunos de los que asistieron á este acto. La historia no debe olvidarlos para consagrarles el recuerdo de maldicion que merecen aquellos perseguidores de conciencias. Asistieron el prior del Escorial, el abad de San Basilio, el P. Canteras, fraile capuchino, el abad de San Martin y dos monjes, dos frailes trinitarios, dos mercenarios, los duques de Granada, de Híjar y de Abrantes, tres consejeros de Castilla, dos del Consejo de Indias, dos del de Guerra, dos de las Ordenes, el conde de la Mora y el de la Coruña, muchos clérigos con cruces y muchos caballeros de la órden de Carlos III.

A su tiempo fué llevado Olavide al convento. Allí sufrió amarga y tristísima prision. Pero para su fortuna pudo escapar en 1780 de su cautiverio, y refugiarse en Francia. En este pais encontró la acogida mas benévola y consoladora. En una sesion pública de la Academia, Marmonte, el célebre Marmonte protestó contra la sentencia bárbara y afrentosa que habia caído sobre el desgraciado Olavide, y aquellas palabras fueron acogidas

con infinitos y estrepitosos aplausos. Era la protesta, no solo de un hombre de corazon y de conciencia, sino la de la Francia entera contra aquella violacion infame de una conciencia, y en vísperas casi de aquella revolucion gloriosísima por mil títulos, que habia de escribir con letras de fuego, que no se borrarían nunca de la memoria de los pueblos, los derechos naturales del hombre. Pero aun en Francia no estuvo tranquilo. Los frailes no eran gente que se dejaban burlar fácilmente, y aunque se hubiera ido al fin del mundo, allí hubieran ido ellos á buscarle. España reclamó su estradicion.

(Se concluirá.)

LA TIA MARTIN.

(Conclusion.)

La tia Martin la recibió diciendo:

—Mala profetisa habeis sido, señoras; he cerrado mi tienda, he ido á la iglesia el domingo pasado y jamás he tenido menos suerte que la semana pasada.

La jóven pareció afligirse y la dijo que habia tenido abandonado el servicio de Dios por tan largo espacio de tiempo, que no debia asombrarse si Dios tardaba en concederle sus bendiciones.

—Hay algo de cierto en lo que me decis,—replicó la pobre mujer:—pues bien, ensayare una ó dos veces. Me parece que la salida del domingo no me ha hecho mal, me siento mejor esta semana, y como aun tengo en reserva algunos pocos ahorros nada pierdo con ensayar.

La jóven continuó visitándola de tiempo en tiempo, para informarse de sus asuntos y ver el estado moral en que se encontraba. Su tienda no iba ni mejor ni peor; pero como no podia deducir las ganancias del domingo, no podia ahorrar nada para su propietario; siempre estaba diciendo que iba á volver á abrir la tienda el domingo; pero la verdad era que hacerlo la hubiera costado trabajo y pena; porque empezaba á sentir de veras lo dulce que la era el reposo del domingo y comenzaba tambien á ir con gusto á la iglesia. La jóven advertia con acciones de gracias un cambio real en ella, y por ella continuó rogando al Dios de las misericordias.

A esta altura llegaban las cosas cuando la jóven cayó enferma, y gravemente enferma. Muchos dias permaneció en el lecho, y despues para reponearse, una vez en pié, salió para morar en el campo. Durante su enfermedad muchas veces pensó en la tia Martin, y á su vuelta del campo á ella consagró su primera visita. ¡Cuan diferente fué la acogida que tuvo á la que ella se esperaba!

—Veo que estais buena, mi querida amiga,—la dijo llena de alegría y de reconocimiento.

—Sentaos, señora, y yo os contaré cuanto me ha sucedido. He continuado cerrando mi tienda los domingos hasta que he consumido mi último ahorro; yo creí que me veria precisada á abrirla de nuevo, porque los negocios iban cada vez peor; pero esta perspectiva me hacia daño; á mí me agradaba ir á la iglesia, y despues, si he de decir la verdad, sentia ya menos apego al dinero y tenia en mas la salvacion de mi alma. Habia empezado á leer la Biblia; pedia á Dios me la hiciese comprender, y como ya habia hallado cerca del Salvador el perdon de mis pecados, mi conciencia se turbaba ante la idea de vender el domingo. Un sábado por la mañana en que me atormentaban estos pensamientos, volví á leer el pasaje que me habiais marcado: «Depon tu carga sobre el Eterno;» y comprendí que El me invitaba á rogarle á que viniese en mi ayuda. Lo hice y lo creereis? estas ideas huyeron de mí. Por la tarde temblaba al llegar la hora de venir mi marido, porque no podia ahorrar nada para pagar nuestro cuarto. Entró enteramente sereno, y despues de sentarse tranquilamente al hogar, me dijo:

—María, quisiera ir mañana á la iglesia contigo. ¡Oh! señor, al oir estas palabras mi corazon latió de alegría.

—Eres mas dulce,—prosiguió,—y mas caritativa desde que vas á ella; pareces mas feliz y yo quiero probar si á mí me sucede lo propio. Ten, he aquí mi jornal de la semana, tómale. Sí, señora, añadió la buena mujer enjugándose los ojos que se la arrasaron de lágrimas, con su delantal; yo no creí que Dios pudiera bendecirme, no enviándome nuevos parroquianos, sino cambiando mi carácter y dándome el corazon de mi marido. Desde este dia vamos todos los domingos juntos á la iglesia, y somos completamente dichosos. El no bebe y me entrega íntegro todos los sábados su jornal.

¿Hay necesidad de decir cuán profundo no seria el reconocimiento de la jóven visitadora, al dar gracias á Aquel que bendice tan maravillosamente á quien en El se confia?

LA PERSEVERANCIA.

(HIMNO.)

Oh Padre nuestro, Tú que estás
Deseando bendecir
A nuestras almas, que no mas
Ansian que ir á Tí.

Yo te suplico que me des
Para poder seguir
Los mandamientos de tu ley,
Firmeza hasta morir.

Gloria, riquezas y poder,
Humo y quimera son:
Son como paja que al caer
Arrastra el Aquilon.

Nada me importa lo de acá;
Nada, Señor, sin Tí;
Mi único anhelo es el estar
A tu lado hasta el fin.

Que viva un año ante tus piés,
¿Qué es, Señor, mi Dios?
Hablen tus lábios, dílo, ¿qué es
Sino olvidar tu amor?

Oh, Tú me puedes ayer y hoy,
Y mañana, y despues;
Dentro de un año, sí, y de dos,
Y dentro hasta de cien.

Bendito Padre, mi sosten,
Dáme tu fé y tu amor;
No te demando mas que un bien,
Perseverancia, ardor.

Há mucho tiempo que sin Tí,
Dios mio, estaba yo:
Haz desde ahora hasta morir
Eterna nuestra union.

COMUNICADO.

Señor Don A. C.

Muy señor mio y de mi distinguida consideracion: Confio merecer á su notoria amabilidad se servirá disponer se dé cabida en el periódico cristiano La Luz, á las siguientes líneas, á lo que se mostrará agradecido su atento y S. S. Q. S. M. B.
CELEDONIO MARTINEZ.

«Hace próximamente cuatro años, tres meses antes de la revolucion, que me separé de la Iglesia romana, de la que era ministro, porque quiso la

Divina misericordia descender el velo que cubria mi mente; y animado de una firme creencia en la propiciacion de Nuestro Señor Jesucristo, como único faro de salvacion, no solo ratifiqué esa fé en mi alma, sino que la he diseminado con todo el calor de mi edad, aunque avanzada. Despues de tanto tiempo de evangelizacion y vida cristiana, como legalmente acreditado, se ha servido el Comité de Escocia retirarme por completo los fondos que hasta hoy dedicaba á mi sostenimiento y el de mi esposa y pequeños hijos. Yo acato, aunque lamento, tal disposicion; pero por lo que pudiera lastimar mi buen nombre, al ver en esta determinacion alguna culpa por mi parte, debo hacer público que mi conducta moral y cristiana es intachable, y protesto solemnemente á la faz del mundo sostener incólume la doctrina de nuestro adorable Redentor, aunque para ello tuviera que implorar la caridad pública.

Córdoba 8 de febrero de 1872.

CELEDONIO MARTÍNEZ.

Así como en otras ocasiones nos vemos obligados á censurar los actos del poder en cuanto se refiere directa ó indirectamente á nosotros, en esta ocasion no le hemos de escatimar su elogio. El decreto establece como una precaucion legal, la obligacion de los clérigos de probar, que han abandonado su religion para contraer enlace matrimonial. Sea enhorabuena; pero siempre la prueba les será un poco difícil si los documentos justificativos les han de ser dados por sus antiguos compañeros de sacerdocio. De todos modos es un buen paso dado en la senda de la libertad religiosa, y repetimos que no debemos escatimar su elogio á la persona que le suscribe.

NOTICIAS VARIAS.

Hemos recibido el primer número de un periódico romano de los convertidos contra el protestantismo. Su seccion doctrinal es lo mas vacío y declamatorio que hemos leído en nuestra vida. Sus sueltos contienen un gran número de falsedades, que iremos rectificando si el periódico sigue llegando á nuestras manos.

Es falso, y los redactores de ese periódico romano lo saben muy bien, que los presbiterianos españoles dan dinero á los padres de los niños que se bautizan en sus iglesias. Pero los nuevos convertidos tienen que contraer méritos, y ante esa idea no se retroceden delante de la mentira: lo sentimos por ellos.

En el folletín del periódico se insulta á Manuel Matamoros, á un hombre que sufrió 33 meses de cárcel por sus convicciones religiosas, cuando si hubiera querido pronunciar una palabra, la misma que han pronunciado los redactores del periódico, hubiera gozado de mas consideracion que ellos, porque valia mas que todos ellos juntos. No pronunció esa palabra, porque tenia mas conciencia que los redactores del periódico en cuestion.

Dos palabras para concluir: todos los pecados nos parecen odiosos, pero el de la ingratitud nos parece el mas odioso de todos. Existe en todo hombre cierto pudor que le impide hacer y escribir ciertas cosas: pero diríase que los redactores del *Lábaro* lo han perdido por completo. Y basta con esto. Si necesario fuera diríamos mas, mucho mas.

Nuestro buen amigo el pastor de la iglesia cristiana española de Granada, D. José Alhama, nos dá de la obra que dirige los siguientes pormenores:

El 7 de enero, como el primer domingo del año, administré la santa Cena del Señor á 52 personas. Nuestra capilla estuvo muy concurrida aquella noche. El acto fué tan solemne, que algunos de los concurrentes derramaban lágrimas de emocion. Esto ha sucedido aquí en nuestra iglesia mas de una vez.

El martes 9 se reunió en oracion esta congregacion y una vez que aquella fué terminada, uno de los directores de esta iglesia, que es el encargado de los fondos que se reunen de limosna para los pobres, presentó el estado de las cuentas el cual copio y es el siguiente:

Ingresos desde el 2 de Julio	
hasta el 31 de diciembre.....	197 rs. 26 cénts.
Distribuido en limosnas.....	94
Fondos existentes en efectivo..	103 26

Cuya cantidad fué presentada en efectivo.

Hacemos los mas fervientes votos por la iglesia de Granada, que el Señor en su misericordia ha bendecido hasta ahora, no dudando que continuará bendiciéndola en lo sucesivo.

Hace algunos dias, se ha publicado en el boletín eclesiástico de Barcelona una pastoral en la cual se manifiesta al público barcelonés, que los colegios protestantes están sin niños y sin crédito.

Para corroborar esta asercion los curas de San Miguel del Puerto dicen desde su infalible púlpito, que los colegios están casi sin niños y que estos son tan pequeñitos, que apenas reunen entre todos dos docenas de años.

Pues bien, D. José A. Fornez director de una de las escuelas de Barcelona, nos ha remitido un cuadro con los nombres y edad de los niños que asisten con regularidad á las escuelas. Los niños varones son 176 y las niñas 112. Y como dato curioso, en contestacion á lo de dos docenas de años, añade que los niños suman un total de 1.242 años.

Esta es, en efecto, la mejor contestacion que podia darse á las falsedades de la pastoral.

A las afirmaciones sin pruebas de los católicos, responden los cristianos evangélicos con hechos. Adelante, pues, en el nombre de Dios, que la verdad triunfará al fin.

Parece que la ciudad de Plasencia está conmovida con la presencia en ella de un cristiano evangélico, D. Juan Morales Calonje, que se ha atrevido á celebrar en su casa algunos cultos cristianos. Los mas fanáticos partidarios de Roma le llaman hereje, judío, adorador de un zancarrón y mil otras majaderías por el estilo. Se habla de asesinarle (buen modo de convencerle de su error) de quemar su casa y no sabemos cuantas cosas mas, todo con la idea de que abandone la ciudad. Pero nuestro amigo no quiere dar á sus adversarios este gusto, y en un comunicado que ha dirigido á *El Canton Estremeño* dice: «Que ni se acobarda, ni se asusta; que no teme al asesino y que desde luego le perdona como Cristo perdonó á sus enemigos.»

Hace bien en no temer el Sr. Morales, pues como dice el Evangelio, ni uno solo de sus cabellos puede caer á tierra sin la voluntad de nuestro Padre que está en los cielos.

Ya en otra ocasion hemos dado cuenta á nuestros lectores de la obra evangélica inaugurada por el Sr. Hernandez en el barrio de los Cuatro Caminos. Tambien hemos dicho, que ademas de los cultos verificados los domingos, se habia establecido una escuela para adultos y niños de ambos sexos. Pues bien; los católicos romanos se han inquietado de los progresos de esta obra, y han pensado, (¡ya era tiempo!) establecer una escuela para adultos en el mismo barrio. En la circular que al efecto han publicado, confiesan los romanos que los habitantes del barrio de los Cuatro Caminos, «no tienen ningun conocimiento, ó es muy imperfecto si tienen alguno de lectura, escritura y primeras reglas de aritmética, estando tambien muy faltos de instruccion respecto á doctrina cristiana.»

Sin embargo, han pasado años y años sin que los católicos romanos se inquieten de esa pobre gente, ni respecto á instruccion profana, ni respec-

to á instruccion religiosa. Ha sido necesario que los cristianos evangélicos que con tan pocos recursos cuentan, hayan venido á indicarles cuál es su deber, para que salgan de su letargo y se ocupen del ignorante. Bien es verdad que antes estaban dentro de la Iglesia romana, y esta podia por arte de magia abrirles la puerta del cielo, por mas que nunca se ocuparan de religion. Ahora que los protestantes hablan de Jesucristo á los pobres ignorantes, al mismo tiempo que procuran cultivar su inteligencia, hay que hacer esfuerzos para que permanezcan dentro de la Iglesia; y así, si algun dia los protestantes se retiran, que no se retirarán, se puede de nuevo dejar á los fieles romanos que duerman el sueño del embrutecimiento.

De *El Clamor del Magisterio*, periódico de primera enseñanza que se publica en Barcelona, tomamos el siguiente suelto:

«Escuelas católicas. — La existencia de algunas escuelas protestantes (ó como quiera llamárselas) en determinados barrios de esta capital, ha despertado de tal manera el celo católico de algunos reverendos curas párrocos, que no satisfechos con exhortar á sus feligreses en el confesonario y desde el púlpito, á que se abstengan de enviar sus hijos á tales escuelas ó á que los retiren si hubiesen tenido la desgracia, dicen, de mandarlos á ellas, redoblan cada dia mas sus esfuerzos apelando ya á medios particulares y directos para desmembrar y dejar desiertos, si les fuere dado, los referidos centros de instruccion, siendo uno de ellos, y por cierto laudabilísimo en todos conceptos, la creacion de *escuelas católicas* en las respectivas parroquias, situándolas lo mas inmediatas posible á las *protestantes*. — Grande es con este motivo la satisfaccion de los amantes de la ilustracion y del progreso, ya que, ortodoxos ó heterodoxos, ello es que, por efecto de esa religiosa competencia, se van creando de dia en dia nuevos y mas concurridos centros de instruccion primaria.»

Hace muy pocos dias que un amigo nuestro que se ocupa de la distribucion de Biblias, se encontraba en una posada de Aznacollar rodeado de un gran número de personas que habian acudido á comprar la santa Palabra de Dios, cuando de pronto se presentó un cura preguntando por qué causa habia tanta gente reunida allí y él habia visto tan poca mientras que celebraba la misa. Al aperebirse que lo que allí se vendia era la Biblia se desató en improperios contra ella llamándola «libracho» y otras cosas de este jaez. No por eso los hombres y mujeres del pueblo dejaban de comprar. Entonces el cura fué á ver al alcalde para que este prohibiera la venta de los libros, pero nuestro amigo D. Manuel Casas hizo valer su derecho, puso el libro que se atacaba en el lugar que le corresponde y prosiguió tranquilamente distribuyendo el Evangelio al pueblo. «En ninguna parte, nos escribe el señor Casas, he vendido tantas Biblias como en este pueblo.» Dios bendiga ahora la lectura para que sean muchos los convertidos.

ADVERTENCIA.

Nuevas condiciones.

LA LUZ se publica el 1.º y 15 de cada mes. El precio de suscripcion es un real mensual en Madrid y cinco reales trimestre en provincias.

Fuera de Madrid solo se admiten suscripciones por trimestre.

No se servirá ninguna suscripcion cuyo importe no se haya recibido en la Administracion.

MADRID: 1872.

Imp. de J. M. Perez, calle de la Misericordia, núm. 2.